

Una mirada a la colección*

La cantidad, cien números de *Cuadernos del CLAEH*, lleva la mirada hacia el conjunto. Y el conjunto es eminentemente temporal, pues se trata de una revista. ¿En el curso de cuánto tiempo se ha formado? De cincuenta y cuatro años, en dos épocas, muy desiguales en magnitud: dieciséis entregas la inicial, cien la que llega hasta hoy, la de la consolidación y la persistencia.¹ Un arco, en total, no despreciable, sobre los lustros y los acontecimientos, sobre las aspiraciones y las iniciativas. Un arco trenzado de continuidad y cambio, pero que vincula firmemente aquellos escenarios de los cincuenta con estos de la segunda década del siglo veintiuno o, mejor, del tercer milenio. No hacen actualmente los *Cuadernos* quienes hicieron los del primer comienzo, ni podrían hacerlos. Apenas contribuye hoy alguno de los que recomenzaron la serie, allá por mil novecientos setenta y cinco. Los demás faltan, aunque no desertaron (recordemos a San Pablo, en la segunda carta a Timoteo, 4, 7: «he peleado la buena batalla, he corrido la carrera...»). Y también a ellos, como a los lectores de todo este tiempo, los une el arco de continuidad y cambio, tendido sobre la vertiginosa peripecia. Une sus palabras escritas, para mayor exactitud; que es el mejor modo de reunir y vincular, no porque seamos solamente palabras sino porque nada nos contiene mejor que ellas. La colección de una revista establece un cruce de palabras (un diálogo), y con él, una contemporaneidad imperfecta pero no ficticia. Tengo entre mis manos el primer número, de junio de 1958. Son contemporáneos nuestros los que allí se expresan, si no es que nosotros vivimos en su tiempo. Veremos en qué medida constituye este el único acceso a la comprensión.

* En rigor, la colección supera ampliamente las cien entregas, porque la numeración finalmente adoptada se reinició al abrirse la segunda época. Los *Cuadernos* alcanzan ya, por tanto, a las cifras de 16 + 100, de 1958 a la actualidad. Optamos por referir al total de esa suma, por razones de fondo, ya que innegablemente existe homogeneidad de inspiración, de estructura, de temas entre las dos épocas de la revista.

El otro, el consabido, el de perseguir las particularidades extinguidas de un determinado tiempo, el de torcer el gesto porque lo dicho huele a años acumulados y hojas muertas desvía, aunque su facilismo tienta. Leamos en la historia, pero no una historia al tic tac del reloj sino una historia de contemporáneos cuyas palabras cruzan las distancias sin perder carga y énfasis.

No daremos nombres de personas ni títulos de artículos y reseñas que los cien números abrigan, aunque hay muchos y muy notables, en uno y otro aspecto. Preferimos atender ahora a los perfiles cualitativos, menos obvios quizás y sin embargo interpelantes, filosos, presentes.

UNA IDENTIDAD SIN DEPENDENCIAS OCASIONALES

¡Qué diferentes, en el Uruguay y el mundo, los horizontes de 1958 y 2012! En vida cotidiana y civilización técnica, en globalización y polaridad, en bloques internacionales e hipótesis de guerra nuclear, en modernidad y posmodernidad. Pero sobre todo, en epistemología y marcos doctrinarios de la práctica científica, especialmente de las ciencias sociales. El CLAEH, fundado en 1957, dentro del movimiento de Economía y Humanismo, creado a su vez en 1941-42, procuraba asociar la reforma de las sociedades a la investigación científica de sus estructuras. La revista, iniciada inmediatamente después (como había ocurrido con *Economie et Humanisme*, surgida conjuntamente con el núcleo originario francés de aquel movimiento) comunicaba principalmente los resultados de esa labor investigativa, a cuyas muy enérgicas peculiaridades aludiremos en la segunda sección de estas consideraciones.

Y bien, desde su aparición misma, con neta prolongación en todo el curso de la primera y la segunda época, revelan los *Cuadernos* una identidad doctrinaria llamativamente distinta de las corrientes y las sensibilidades que prevalecían sobre finales de los años cincuenta y todavía quince años después, cuando se reanuda su publicación. La principal característica de esas décadas, en cuanto a concepciones filosóficas e ideológicas, consistía en la vigencia del marxismo. Una doble vigencia, académica y política. Un marxismo fragmentado, sin dudas, pero que no dejaba de sustentar lazos de familia que muy pocos rompían. Vigencia dividida en las cátedras o los congresos partidarios que en momentos claves se supeditaba, expresa o tácitamente, a la vigencia política, leninista y a la postre soviética. Escapaban a esta unificación en última instancia unos pocos partidos socialdemócratas (germánicos o escandinavos) y algunas personalidades que solían quedar aisladas (como, entre nosotros, Emilio Frugoni). El liberalismo, por su parte, robusto en Estados Unidos y nada más, se batía académicamente a la defensiva, si bien la capacidad político-militar de esa nación le proporcionaba un liderazgo de bloque que reforzaba la inocultable ventaja de la convivencia democrática sobre la insostenible levedad del ser en los totalitarismos.

Los *Cuadernos del CLAEH* no fueron marxistas ni liberales, pero tampoco antimarxistas o antiliberales (lo que hubiera consagrado, de todas maneras, la dicotomía reinante). No recibieron parcialmente al marxismo, ni a alguno de sus avatares (como el marxismo occidental), ni al marxismo como método, ni al marxismo salvo su ateísmo, ni al marxismo más o menos latinoamericanizado, ni a la *Monthly Review* o alguno de los escarceos de Sartre. Uno lee, hoy, aquellas entregas de los sesenta y los setenta y percibe cómo no se trata en ellas sino del cambio social, de las ciencias y su método, de los colectivos, de la teoría y el compromiso, de las transformaciones para erigir la solidaridad en valor supremo de la convivencia, del proyecto, del territorio, de los asentamientos humanos en su expresión más concreta, de las civilizaciones. Y todo eso en el plano de las concepciones entonces en guerra fría, con conocimiento cabal de sus clásicos y de sus respectivas prácticas pero con identidad independiente. Ningún muro separaba a Economía y Humanismo de los marxistas y los liberales, se desenvolvía en permanente contacto con unos y otros, sin derivar de ninguno, sin vivir según las efemérides de ninguno, sin bailar a la música (atronadora entonces) de ninguno. Conmover resulta desentrañar actualmente, entre las páginas de los *Cuadernos*, esa tesitura y esa infatigable e influyente labor de desarrollo teórico y metodológico, de indagatoria de campo, de construcción de datos sin precedentes, de invención y difusión de líneas de *praxis* transformadora. La interrogante se levanta de inmediato, insoslayable: ¿cómo fue posible? Adelantamos los dos componentes centrales de la respuesta, en nuestra opinión: el personalismo cristiano y una epistemología no rupturista.

El marco doctrinario aloja el primer elemento. La ciencia no se estructura ni define, creemos, en torno a las grandes cuestiones de la filosofía, la teología o las ideologías. Se sustenta, sin embargo, en definiciones filosóficas, teológicas o ideológicas. La ciencia, saber metódico sobre proposiciones que aspiran a la intersubjetividad, depende de posiciones ontológicas, de creencias, de principios y de las grandes generalizaciones que dan a la acción en sociedad sus orientaciones mayores. Si un sujeto, individual o colectivo, asociación o movimiento, se apoya en un marco doctrinario irreductible a otros, su quehacer científico será distinguible, aunque se ceñirá al método de la ciencia y abordará los objetos aludidos por las proposiciones que una determinada ciencia admite.

El personalismo (cada ser humano un fin, en su acepción más ceñida y discriminante), que deriva del cristianismo, fue engendrado históricamente por el cristianismo y constituye un correlato filosófico imprescindible para la realización del mensaje cristiano, si bien no es incompatible con teologías no cristianas e inclusive con ateísmos como el del primer Sartre y más aun el de Camus, el personalismo identificó a Economía y Humanismo, lo impulsó a una investigación removedora y le confirió esa serena diferenciación que solo ahora, probablemente, podemos visualizar en muchas de sus implicaciones. Ya someteremos al movimiento, captado en la colección de *Cuadernos*, a la prueba de aquello de que fue precursor. Debemos apuntar antes, sin embargo, el segundo componente de la contestación a la pregunta de cómo pudo mantenerse en tercería irreductible un actor maduro.

LA EPISTEMOLOGÍA DE LOS EQUIPOS

Aunque Economía y Humanismo fue fundado por un grupo, y multiplicó luego sus componentes por iniciativas nuevamente grupales, no dejó en ningún caso de reconocer al padre Louis Joseph Lebreton, de la Orden de los Predicadores, como su principal impulsor y su más autorizado intérprete. Lebreton, por su parte, de 1941 en adelante, hasta su fallecimiento en 1966, dedicó a Economía y Humanismo toda su desbordante energía, su reflexión tan inquieta como sistemática, su creatividad metodológica. Lebreton fue el expositor más fecundo del movimiento, aunque no su mentor ni su líder. En sus cursos y sus obras escritas aparecen, con especial nitidez, las ideas seguramente elaboradas mediante la interacción, que él alentaba y en la que se sentía más cómodo que en cualquier otra relación intelectual y afectiva.

Surgen así, tempranamente, algunas de las orientaciones permanentes de Economía y Humanismo: el entramado de la investigación y la acción reformadora, la integridad de las percepciones de lo social, la consiguiente interdisciplinariedad de las indagatorias, la incesante labor de campo, el rigor de las observaciones y las mediciones, etc. Con todo ello, y para que esas exigencias no se volvieran imposibles de satisfacer en conjunto, surge desde el principio, para desarrollarse y enriquecerse constantemente, una auténtica epistemología. Dos opciones fundamentales la estructuran, claramente visibles en todo el transcurso de las dos épocas de *Cuadernos del CLAEH*, y principalmente en los muy numerosos artículos de los investigadores y profesionales de la propia institución editora. Aludimos al rechazo de una ciencia social surgida de alguna clase de ruptura con el saber corriente, por una parte, y a la reivindicación de la observación y de lo concreto, por otra.

Lebreton es un antagonista de Gastón Bachelard, implícito o tácito aunque sistemático y con alta probabilidad consciente. Dicho así, la afirmación constituye una simplificación expositiva, un tributo a la brevedad. Pero vale, a nuestro juicio. Sobre todo en un punto, enormemente grávido de consecuencias teóricas y metódicas: Bachelard fundó toda una escuela de epistemologías que reconocen al discurso científico desde que se aparta y porque se aparta de los conocimientos vulgares, de las percepciones ingenuas, de las comprobaciones comunicables en el lenguaje general. Para esa escuela, debe replantearse el objeto mismo, el conjunto de los referentes de la investigación para que surja y se desenvuelva una especialidad científica. Lebreton y todos los que trabajan en el movimiento de Economía y Humanismo, en Francia o en América, distinguen netamente la ciencia de aquellos conocimientos y percepciones pero no condicionan la cientificidad a la separación tajante con estos. El método, no la ruptura, es la condición necesaria de la ciencia. El método, sin embargo, no cancela lo que sabe y a su modo verifican las personas comunes, en la vida cotidiana y en ejercicios profesionales reglados, aunque no académicos. De allí la indeclinable atención a las cuestiones de método, que acreditan tanto *Economie et Humanisme* como los *Cuadernos del CLAEH*.

Esta primera opción epistemológica tiene una traducción especialmente audaz, la organización en equipos. El movimiento forma equipos y no opera sino por equipos, en lo capital, sin perjuicio de establecer otras modalidades de acción en aspectos instrumentales (como empresas para la realización de relevamientos o procesamiento de datos). Los equipos son siempre heterogéneos, en tanto los integran académicos y profesionales junto con trabajadores, empresarios, eclesiásticos y dirigentes sociales, todos al mismo título y en pie de igualdad. En la constitución del actor, del colectivo investigador, la ciencia de Economía y Humanismo solo surge en condiciones de interdisciplinariedad y de conjugación de competencias académicas y extraacadémicas. A partir, eso sí, del dominio común del método científico, bajo las modalidades que el movimiento le proporciona y enriquece constantemente. Indagar científicamente mediante *equipos* constituye aun hoy una osadía cuyos resultados, tan abundantes como las colecciones de las dos principales revistas del movimiento acreditan, se han difundido en los más conspicuos ámbitos de las ciencias sociales.

Esa opción epistemológica redundó en un resurgimiento de la encuesta, en el sentido metodológico del término. Vale decir, de la observación inmediata de las formaciones sociales en sus manifestaciones más concretas. Observación reglada, sometida a las exigencias de la precisión y de la *integralidad*. El CLAEH, como los demás componentes de Economía y Humanismo, cumplió un papel protagónico en aquel resurgimiento. Con ratificación de algunas características identitarias que mencionábamos anteriormente. La revalidación y empleo de la encuesta se hizo, en efecto, sin oposición a los métodos estadísticos y, en general, cuantitativos; más todavía, complementándose con estos métodos, a cuyo perfeccionamiento se contribuyó, paralelamente. Lo que, en conjunto, convirtió a los actores pertenecientes a Economía y Humanismo en investigadores proficuos, reconocidos ampliamente, una vez superados algunos prejuicios en los refractarios medios académicos y universitarios de mitad del siglo XX.

LOS ESPACIOS ABIERTOS

Introducimos aquí la prueba de aquello de que fueron precursores. Una identidad independiente, nutrida de un neto personalismo y de una epistemología audaz, tiene que haber producido novedades en cuanto a fenómenos estudiados, conocimiento resultante, elevación de la interdisciplinariedad consciente, admisión generalizada de los relevamientos y los análisis difundidos. ¿Las produjo, efectivamente? La respuesta es, en nuestra opinión, categóricamente positiva. Y el principal repositorio que la fundamenta son, para el CLAEH, los *Cuadernos*.

¿De qué fue precursor, cuáles fueron sus faenas pioneras? Mencionaremos tres, aun que alcanzan sin dudas un número más alto.

La primera consiste en el ordenamiento o acondicionamiento territorial (*aménagement du territoire* en las páginas de *Economie et Humanisme*), y con él, una conciencia

de la vinculación de todo el actuar humano al suelo, al trepidante planeta, a la atmósfera. Territorio cuidadosamente atendido en las descripciones y los diagnósticos sociales y no abstraído, sino reinterpretado y recreado, en las decisiones y los planes del cambio estructural. En las décadas de los años cuarenta y cincuenta del siglo xx, y aun en dos o tres décadas más, estos asuntos resultaban excéntricos, sonaban secundarios y no los abordaban sino Economía y Humanismo, con sistematicidad singular, la Geografía Humana, especialmente la francesa, y la débil corriente de la Economía Espacial. Aquellas labores precursoras están en el origen de los ecologismos y ambientalismos de la actualidad, así como de las regulaciones recientes de la ocupación de los suelos, los transportes de personas y mercancías, la explotación de los recursos, las conductas en la biosfera.

Una segunda faena pionera radicó en la profundización en la noción de desarrollo. Mucho habría que escribir acerca de cómo penetra el término en las revistas del movimiento: la más antigua, la francesa, aparece en las vísperas de la vertiginosa difusión de ese concepto, y lo anticipa por varios sesgos. Terminada la guerra, solo se habla de desarrollo, con más optimismo que rigor. Economía y Humanismo adopta de inmediato la noción, que reconoce como familiar y fecunda, pero la somete a un intenso y cuestionador trabajo intelectual, con Le Bret a la cabeza. Solo podemos apuntar aquí las adjetivaciones que dan cuenta de aquella profundización. Desarrollo integral, desarrollo según las necesidades humanas, desarrollo concreto, desarrollo «de todo el hombre y de todos los hombres».

Los *Cuadernos del CLAEH* comienzan a publicarse, en su primera época, en pleno auge de la utilización del término. Lo asumen, sin dudas, aunque con las dimensiones que le había agregado el movimiento. Sobre las cuales se vuelca ambiciosamente, teorizando con base en la experiencia latinoamericana en general y la del propio CLAEH como promotor de cambio social. Se diría que la revista sudamericana interpela al concepto de desarrollo desde su correlato, que no es un mero punto de partida, el subdesarrollo. Todo esto, proveniente de Europa y América, determinaba nuevamente una peculiar función de Economía y Humanismo. La de abrir espacio a percepciones de conjunto de las políticas sociales (contra diversos reduccionismos economicistas, caducos hoy pero avasallantes durante los años cincuenta, sesenta y setenta), y también, a la teoría y el instrumental de lo que hoy se denomina comúnmente desarrollo local.

La tercera tarea que se ha revelado, a la postre, precursora es la de investigar el cambio y el desarrollo cuando median relaciones intercivilizatorias, cuando los proyectos y las iniciativas abarcan agentes y poblaciones de matrices culturales tajantemente distintas. La vocación de indagar en formaciones concretas, la epistemología no rupturista, la reivindicación de la encuesta llevó a los *equipos* a cuestiones que más adelante se conocerían como choque de civilizaciones o atropellos contra la diversidad cultural. En lo particular, concreto y menor encontró el Movimiento, paradójicamente, las tensiones de la universalidad. O las reencontró, mejor dicho, porque no eran radicalmente nuevas sino que estaban olvidadas o preteridas. Al reencontrarlas, en todo caso, comenzó a considerarlas: la etapa en que Le Bret piensa en términos de civilizaciones (la del *Manifiesto*

por una Civilización Solidaria, por ejemplo), las reflexiones del CLAEH sobre los modelos mundiales (de Bariloche, respuesta polémica al del Club de Roma), etc. La globalización entrevista antes de la teoría de la globalización. Y cuando la propia globalización constituía un referente que había estallado poco antes, cuyas ondas expansivas corrían hacia lo inaudito que ahora vivimos como trivial.

*Romeo Pérez Antón**

* Politólogo, investigador y docente del CLAEH y de la Universidad de la República. Presidente del Consejo Directivo del CLAEH.